



Berlinale 2022.
La productora María Zamora y la directora Carla Simón sostienen el Oso de Oro para 'Alcarràs'.
CHRISTIAN MANG / REUTERS

► siste a la intemperie. Vuelve al tema que vertebraba toda su obra: la fragilidad de los vínculos, pero aquí la fragilidad se proyecta sobre una comunidad rural vulnerable a la transformación y cambios en las políticas agrarias. El eje central vuelve a ser la pérdida, pero en esta ocasión la pérdida cultural; la desaparición del mundo rural.

Muestra un entendimiento profundo de cómo una familia intenta preservarse ante la amenaza de la pérdida, la experiencia emocional de algo que todavía no ha sucedido pero que ya está marcado como inevitable. Enseña al espectador la dimensión afectiva de este derrumbe generacional: el abuelo adopta una posición melancólica, el padre entra en un duelo ambivalente, los niños oscilan entre el juego y la angustia mientras que las mujeres contienen, sostienen y organizan la vida emocional.

'Romería': el regreso ritual y reparación

Con este largometraje cierra la trilogía autobiográfica reivindicando la generación de sus padres. La idea surge desde que se da cuenta de que no tiene recuerdos de sus padres, llegando a afirmar que «no es cierto que no se puedan fijar recuerdos porque yo tengo el cine, en él puedo inventar y crear el espacio para tenerlos tal y como yo los necesito». Para ella hacer cine «es una forma de vivir, mi vida y el cine van de la mano». Con el cine llena su vacío. En este film explora la idea de la identidad como un viaje, en esa búsqueda la protagonista intenta recomponer los pedazos de una genealogía rota.



La directora de cine ante la Sagrada Familia de Barcelona.
ENRIC FONTCUBERTA / EFE

Filmar para ella es hacer lugar, recuperar, reconciliar para que lo que fue frágil pueda existir sin vergüenza. Para ella hacer cine «es una forma de vivir, mi vida y el cine van de la mano»

Sus tres películas forman un tríptico que podría denominarse trilogía de la memoria

'Alcarràs' enseña la dimensión afectiva de un derrumbe generacional, algo que parece inevitable

Se intensifica algo que estaba latente en los anteriores largometrajes: el deseo de reconciliación. Lo formula en una frase: «El cine construye un lugar donde mi familia puede existir sin vergüenza». Encuentra un lenguaje para alojar aquello que en la infancia le era imposible: la soledad de la pérdida se convierte en celebración compartida.

Con esta película tiene la sensación de que ha cerrado un ciclo. Coincide con el nacimiento de su segunda hija, de sentir que

ha creado a su propia familia y que es el momento de mirar adelante en nuevas direcciones.

La trilogía como mapa psíquico

Más allá de la trama de cada película la dimensión autobiográfica se revela en el estilo. Carla Simón ha creado un lenguaje propio que nace directamente de su experiencia vital. Sus creaciones se caracterizan por una mirada coral en la que alcanza incluso más importancia la atmósfera que el argumento, pues su infancia estuvo marcada por sensaciones más que explicaciones. De ahí que su cine confíe en la atmósfera emocional, su cine trabaja en lo que no se dice. Lo que hace esta trilogía especialmente significativa es su voluntad de preservar una memoria afectiva. Simón filma la primera noche sin una madre, la última cosecha familiar, la romería que quizás no se repetirá. Encontramos en su cine ternura sin sentimentalismo.

Sus tres películas forman un tríptico que podría denominarse trilogía de la memoria.

Cada una aborda una dimensión distinta de la relación entre identidad y pérdida: 'Verano 1993', la pérdida personal, la orfandad. 'Alcarràs': la pérdida colectiva, el desarraigo rural, y 'Romería', la pérdida simbólica, el deseo de recomponer un linaje, de construir un origen posible.

Este arco es el recorrido vital de Carla Simón: de la niña huérfana a la adulta que quiere conservar un mundo que se desvanece, y de ahí a la mujer que busca sus raíces en un terreno incierto. El cine le da un espacio donde dar forma a las experiencias traumáticas.

Filmar para ella es hacer lugar, recuperar, reconciliar para que lo que fue frágil pueda existir sin vergüenza. Para ella hacer cine «es una forma de vivir, mi vida y el cine van de la mano».

Con su excelente trilogía nos demuestra que ha construido un corpus fílmico donde su mirada es honesta, capaz de sostener la complejidad del amor, del duelo y del tiempo, siendo una de las representaciones más sutiles del duelo temprano y sus transformaciones.

Demuestra que el duelo no es solo una herida, sino un proceso que se transforma y que en ocasiones el arte tiene la capacidad de ofrecer aquello que la realidad niega: un espacio de pertenencia, un espacio para recordar, y un espacio para poder existir sin vergüenza.

François Truffaut dijo que «las películas se nos parecen», y Carla Simón es su cine.